

SERGIO BELARDINELLI

TRES DÍAS AL AZAR

Traducción de:
JAIME DE CENDRA Y CARLOS OJEA



1.ª edición: octubre de 2017

Autor: © Sergio Belardinelli

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-28436-2017

ISBN: 978-84-17185-04-6

Maquetación y portada: M.ª Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
PRIMER DÍA	9
SEGUNDO DÍA	43
TERCER DÍA	113
EPÍLOGO	143

Epílogo

Queridos Adele y Roberto:

Es la primera vez que os escribo en todos estos años, ¡pero no os alarméis, no ha pasado nada grave!

Desde que he vuelto a Boston, hace apenas una semana, he pensado mucho en el estado de ánimo con el que me fui al funeral de Vittorio y aquel con el que he vuelto. Es un poco como si hubiese ido una Giulia y hubiese vuelto otra distinta: una que, repasando el correo electrónico, se da cuenta de haber escrito solo correos de trabajo, y lo siente; una que ha reencontrado amigos que había casi borrado de su vida; una que se siente quizás más confusa, quizás más triste e insegura, pero también más serena.

Desde la ventana de mi estudio en el MIT se ve el Charles river, el gran canal que atraviesa la ciudad de Boston. A menudo me paro a contemplarlo y, mirándolo, pasó por el tamiz mi vida con la misma minuciosidad con la que observo las células en el microscopio. Desde siempre esta ventana sobre el agua ha sido una especie de laboratorio para mis experimentos más temerarios sobre mí misma y sobre mi propia historia. Durante muchos años he estado conven-

cida de que mis experiencias existenciales, incluso las numerosas satisfacciones profesionales, eran del todo insignificantes, pequeños fragmentos destinados a disolverse como la estela de los barcos que veía navegar por el canal. Una señal que dura un instante y después desaparece para siempre, absorbido por el gran mar de la vida. Pero desde que volví, cada vez que me asomo, me asaltan otros pensamientos. Mi madre, sobre todo. Nadie nos devolverá jamás el amor que hemos desperdiciado, pero el rencor que hemos llevado durante tanto tiempo parece haberse disuelto repentinamente y, aunque con un poco de melancolía, siento un gran deseo de tenerla a mi lado. También siento nostalgia de vosotros y tenía muchas ganas de decíroslo, sobre todo a ti Adele. Nunca olvidaré nuestro último paseo por el camino del cementerio.